



• LA CARTILLA •

El aterrizaje



JUAN ANTONIO GARCÍA IGLESIAS

ALGO nuevo ha comenzado a notarse en Salamanca, algo cercano a la gente con la que poder compartir a pie de calle y a la vista de lo que acontece.

Mucho se ha hecho hasta ahora con más o menos eficacia y acierto, pero puertas adentro, cosas todas ellas muy necesarias pero sin trascendencia al exterior. Me refiero al VIII Centenario de la Universidad y a todo cuanto se mueve a su alrededor, de lo que se ha hablado mucho desde hace tiempo pero se ha visto poco. Bueno, pues algo de eso comienza ya a verse, algo que influye en el ambiente y cambia el paisaje urbano que empieza a ser parte del gran acontecimiento que se avecina. Vamos, que —dicho de otra manera— el VIII Centenario ha llegado a Salamanca y ahí lo tenemos ya, tomando tierra en plena calle a la vista de todos. Son los primeros indicios de algo que viene de camino y se acerca, tanto que ya se puede ver y podría incluso tocarse con las manos si lo permitieran. Desde ahora el VIII Centenario es algo más que un simple garabato.

Hemos tenido un fin de semana bastante animado. Que si el Día del Libro con su peculiar y siempre concurridísima celebración en la Plaza gracias al esfuerzo generoso de los libreros dispuestos a no fallar en tan singular jornada, que este año sorprendió a los asistentes con la aparatosa pero atractiva presencia de algo nuevo en la escena. Que si el Día de Castilla y León, efemérides que fuera de la campa de Villalar poco eco tiene más que el de la festividad del día, que este año por circunstancias de los acontecimientos y coincidencias por los ajustes del calendario pasó a ser víspera del Lu-

nes de Aguas, que en Salamanca es lo que es. Qué voy a decirles sobre este episodio festivo, yo, que no soy salmantino a quienes sí lo son... Y por si fuera poco acontecer, esta animación también se debió en parte a eso otro que comentaba antes, o sea, a la llegada del esperado elefante y de su instalación durante una temporada en la Plaza Mayor, y ahí lo tienen ya, patas arriba, solo pendiente de pequeños detalles para su puesta oficial en escena, es decir, para su inauguración

El VIII Centenario ha llegado a Salamanca y ahí lo tenemos ya, tomando tierra en plena calle a la vista de todos

el próximo jueves. En este lugar ya estuvieron antes el “Balzac” de Rodin (2002), “El zulo” de Víctor Ochoa (en 2006) y las “Meninas” de Manolo Valdés (en 2008). Pues el turno ahora es para el “Gran elefante” de Miquel Barceló, donde ya lo pueden ver haciendo el pino sobre la trompa, curiosa postura que lo distingue de todos los demás elefantes que en el mundo ha habido y hay.

Otro inquilino de la Plaza Mayor, uno más, y que no sea el último. Lo digo porque voces se han hecho oír, y me han llegado, en contra de la “manía” de profanar este lugar sagrado que, por serlo, es intocable. Para muchas cosas sí que debería serlo y de hecho lo es, pero no para otras, como esta, que lejos de ser una profanación es un uso recomendable que

da relevancia al entorno, o sea, al lugar sagrado, y al objeto que lo ocupa, que por ser arte no resta sino añade belleza. El “Balzac” de Rodin, colocado en el mismísimo centro del ágora midiendo equidistancias, “El zulo” de Víctor Ochoa y las “Meninas” de Manolo Valdés forzando el valor estético que tiene el equilibrio calculado de lo asimétrico, parecían hechas por sus autores para el lugar en el que se exhibían y para la forma de exhibirlas. Solo por este simple detalle esta “manía” debe continuar siempre que las ocasiones lo hagan posible, y el VIII Centenario de la Universidad es una ocasión que no han dejado escapar para “profanar” —otra vez— la Plaza. Y ahí tenemos al nuevo “profanador” marcando estilo, tan distinto a lo que hay y, por eso, tan chocante.

Salamanca no puede renunciar. Críticas he oído ya de quienes no ven más allá de los límites de su ciudad, todo lo más de su provincia. Paletismo le llaman a eso de considerar la traída de un artista de fuera un escarnio para los de dentro, condición (la del paleta) que reduce a cero la capacidad de valorar en su justa medida la posibilidad del intercambio. Para esta gente con los nuestros nos valemus y nos sobramos, por eso, qué sentido tiene traerlos de fuera teniéndolos dentro. Y Miquel Barceló es de fuera. Pues precisamente por eso se trae, para sumarlo a lo que tenemos dentro, razón por la que lo que tenemos dentro salga para sumarse a lo que tienen fuera y compararlo contrastando, porque en torno al arte el contraste es enriquecedor además de bello y cualquier aterrizaje, donde sea, por este motivo es un acontecimiento feliz. Y el de la obra de Miquel Barceló en Salamanca lo es.